

25° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 25.09.2013

“...en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, por el camino, en el campo, en todas partes” (RB 7,63).

Con este “en todas partes”, en latín “*ubicumque*”, san Benito concluye, resume y alarga hasta el infinito la lista de los lugares en los que el monje humilde es llamado a irradiar la Obra de Dios.

“*Ubicumque*” se podría traducir con una etimología alegórica: “en relación con cualquier persona o cosa con la que se encuentre”, es decir, es un “en todas partes” relacional. No es como el estar en todas partes del aire y de la luz, sino que es el ser en todas partes de una persona, de alguien que es capaz de tener relación con las demás personas, con las cosas, con la realidad entera. En este sentido, solo Dios es verdaderamente “*ubicumque*”, es el Ser personal capaz de estar en relación con todos y con todo en todas partes al mismo tiempo. “Creemos – escribe san Benito en el capítulo 19 que ya he citado – que la presencia divina está en todas partes (*ubique*) y que los ojos del Señor escrutan en todo lugar (*in omni loco*) a buenos y malos” (RB 19,1).

La oración, si verdaderamente nos une a Dios, nos da, en cierto sentido, esta capacidad de relación con todos y con todo, esta capacidad de comunión universal que solo Dios puede tener. La obra de Dios por excelencia, ya lo he dicho, es la comunión, la Comunión trinitaria que él es, y que nos comunica si acogemos su ofrecimiento de comunión personal con nosotros. El Oficio divino es el gesto cotidiano, culminante en la Eucaristía, en el que Dios nos ofrece su comunión en Cristo y en el Espíritu, y en el que la acogemos en nosotros mismos y en la relación con los hermanos y hermanas con los que estamos unidos en la oración.

De aquel centro, la obra de la comunión de Dios, dada y acogida, tiende a difundirse en la relación con todo y con todos, hasta la irradiación de comunión universal que san Benito describe aquí precisamente con este sencillo adverbio “*ubicumque* – ovunque”.

Este “*ubicumque*” para mí es extremadamente importante, si no queremos vivir nuestra vocación con mezquindad y cerrazón. En el fondo, todos los círculos enumerados en nuestro famoso versículo 63 del capítulo 7 de la Regla, podrían aún ser espacios cerrados, o por lo menos, espacios vividos cerrados en nosotros mismos, alrededor de nuestros intereses. Hasta el círculo de los campos, podremos considerar el Oficio, el oratorio, el monasterio, la comunidad, el jardín, el trabajo, los viajes, como espacios que cerramos sobre nosotros mismos, en los que buscamos nuestros intereses, nuestro bienestar, nuestra ganancia y la de nuestra comunidad.

Con el “*ubicumque*”, sin embargo, es como si, al final de la lista, nos encontrásemos improvisadamente delante del mundo entero, de toda la humanidad, de todo el universo. Un espacio sin fin, sin límites, que no podemos vallar, al que no podemos colocar el cartel: “Propiedad privada” y, ni siquiera, “Espacio de clausura reservado a los monjes”. Así de amplio es el espacio del *ubicumque*, de todas las personas y las realidades con las que la obra de Dios nos quiere poner en relación, en comunión, que no sabemos ya ni dónde mirar, ni dónde ir. Es un espacio en el que, si queremos de verdad irradiar en él, queramos o no queramos, debemos “perdernos”.

“Los zorros tienen su guarida y los pájaros del cielo su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza” (Mt 8,20). Quien sigue a Jesús, lo sigue en un espacio de amor a todos y a todo, en el que la libertad debe aceptar perderse, incluso viviendo toda la vida en la estabilidad y clausura de un monasterio.

Es un poco el horizonte infinito en el que se debió perder la mirada de Jesús cuando, mirando la multitud y la inmensa necesidad de salvación de toda la humanidad, dijo a sus discípulos: “Siento compasión de esta gente” (Mc 8,2). El corazón de Cristo es precisamente el centro del que se irradia sobre el mundo la compasión de Dios por la humanidad perdida y dispersa.

El *ubicumque* de san Benito, deberemos leerlo y entenderlo a la luz de Mateo 9,35-38: “Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Y al ver a la multitud, sintió compasión de ella, porque estaban abandonados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: ‘La mies es mucha y los obreros pocos. ¡Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies!’.”

En ese anhelo misionero, de evangelización, toda vocación y estado de vida debe encontrar su lugar, su respiro, la verdadera naturaleza de su fecundidad y de su irradiación. Incluso, y, diría, sobre todo, la vocación monástica. Aquí dice Jesús que la tarea principal de la misión, de la evangelización, no es ante todo el *salir*, sino el *orar*, y un orar que pida al Padre enviar obreros a su mies. Para poderlos mandar los obreros, Dios debe primeramente crearlos, debe formarlos, y hemos visto que precisamente el obrero de Dios es una criatura de la obra de Dios. Descuidar la oración por la misión quiere decir reducir la misión de Dios a nuestra misión, el campo de Dios a un campo nuestro, la mies de Dios a nuestra mies. Uno puede salir, evangelizar, hacer de pastor de las ovejas perdidas, pero si no permite a la obra de Dios hacer de él o de ella su obrero, no trabajará verdadera y fructuosamente en el campo del mundo y de la mies de Dios.

La dimensión misionera de la vocación monástica, de la vocación contemplativa, no consiste solo en rezar por los misioneros y los pastores de la grey, ni en rezar por las vocaciones, sino en rezar ante todo para permitir a la oración monástica

hacer de nosotros los obreros de la obra de Dios. Por lo tanto, también pelando patatas seremos obreros eficaces en el *ubicumque*, en todas partes de la mies del Padre.

No debemos olvidar que la compasión de Cristo por todas las multitudes, por toda la humanidad, es esencialmente un acto de amor de su Corazón, un acto de amor continuo y eterno. El problema de Jesús no es ante todo “cómo organizar la misión y el apostolado”. El problema es que se difunda y crezca en el corazón de los discípulos su compasión, su amor por la humanidad, su pasión por cada hombre, por cada mujer de la tierra. Esto no es nunca una cosa que podemos “hacer” y, ni siquiera, “aprender” con un curso de formación,... ni siquiera con el nuestro, que es el mejor del mundo. El amor de Cristo es una gracia a pedir y acoger. Y san Benito nos ha explicado que Dios trabaja en nuestro corazón y lo plasma sobre el modelo de Cristo su Hijo cuando comienza de nuevo constantemente a ponerse en acuerdo con las palabras de la oración común: *mens concordet voci* (cfr. RB 19,7). El estar en todas partes irradiando la obra de la salvación del Señor se realiza mediante nosotros solo si, escuchando e invocando al Verbo de Dios, nos unimos a Aquél que, amándonos, está por todas partes y con todos.

Así, en cierto sentido, el monje que alcanza al extremo los círculos de la irradiación de la Obra de Dios, el monje que es llamado y enviado a irradiarla con todos y con todo, *ubicumque*, entiende inmediatamente que debe volver al centro, que no puede irradiar en todas partes sin volver siempre de nuevo al corazón de su vocación: la obra de Dios escuchada y celebrada en la oración.

También en esto Jesús es nuestro modelo. Leemos en el evangelio de Lucas: “Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud acudía para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba” (Lc 5,15-16).

La necesidad universal de salvación, de enseñanza y de curación, pedía a Jesús estar en todas partes y con todos, pero Él era el primero que sabía que solo en la relación con el Padre podía dar respuesta a esta inmensa necesidad. Para estar de verdad con todos, para estar de verdad en todas partes, Jesús volvía siempre al centro y a la fuente de la comunión con el Padre.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist